

La censura

■ Por angas o por mangas, casi siempre tenemos que remontarnos a lo que sucedió en el Jardín del Edén y que fue donde comenzó esta larga historia —ya con visos de telenovela— en que está envuelta la Humanidad. Como todos sabemos, el drama comenzó porque les fue prohibido a Adán y Eva comer del fruto del árbol del bien y del mal y ellos desobedecieron. Desde entonces, se ha comprobado que nada resulta más irresistible al ser humano que aquello que tiene el cartelito de “prohibido” y que basta que exista la prohibición para que ella sea infringida.

Cuando prohibimos algo, lo que buscamos es proteger a alguien que suponemos no tiene el discernimiento para comprender ciertas cosas. Nos arrogamos así un papel tutelar. Al hacerlo, invocamos siempre razones morales, religiosas, políticas o sociales y, pretendiéndolo o no, imponemos nuestro propio discernimiento a los demás. Y así prohibir es una obligación y un deber de quienes tienen la responsabilidad de servir de guía a personas o grupos sociales, el límite que demarca el uso de esta atribución siempre es impreciso y borroso. Y ahí nace el conflicto en que se han visto envueltos todos los censores que ha tenido, en una u otra oportunidad, a lo largo y lo ancho del mundo, la Humanidad.

Luis XIV de Francia, haciendo uso de su autoridad de padre, quiso proteger a su hijo, el delfín, de la eventual influencia moralmente perturbadora de los autores latinos. Contrató, para este efecto, a rígidos moralistas para que revisaran esos escritos, mutilaran lo que estimaban inconveniente e hicieran nuevas ediciones que llevaban el sello de “Para uso del delfín”. Así, con esta protección, fue educado Luis XV y lo que la historia nos cuenta de él no parece indicar que la censura haya tenido éxito.

En más de una oportunidad el celo moralizante de la censura ha logrado el efecto contrario al buscado. Ha servido para

publicitar y difundir justamente lo que se pretendía acallar. Chataubriand, en un célebre discurso en la Cámara de los Pares, impugnando la ley que creaba la censura de prensa, decía, no sin razón, que la censura ha terminado por perder a todos aquéllos a quienes quiso servir. Esto lo aprendió bien —y para muestra basta un botón— un célebre predicador español, el Padre Claret, que, escandalizado por una zarzuela que, sin pena ni gloria, se había estrenado en Madrid con el nombre de “Compadrón”, dedicó una de sus prédicas a denunciar su inmoralidad, llegando en su entusiasmo moralizante a cantar desde el púlpito una de las estrofas que él consideraba repudiable. La insólita cita de la zarzuela tuvo tanto éxito entre los feligreses que, a las pocas horas, todo Madrid estaba cantando la habanera anatémizada, y “Compadrón”, destinada al fracaso por su mediocridad, se convirtió en un resonante éxito que sus autores nunca terminaron de agradecer a su entusiasta censor.

Es notable observar cómo muchas de las costumbres, de las obras literarias y de arte, que alguna vez fueron objeto de implacable censura, hoy forman parte de nuestra cultura. Ello demuestra que, cuando la censura es injusta, siempre termina por ser derrotada.

Pero el peor tipo de censura es, ciertamente, aquella que se fundamenta, no en la protección moral o social, sino la destinada a ocultar la verdad, a ignorar los hechos con la pretensión, ingenua, por lo demás, de hacerlos desaparecer. Ese tipo de censura termina siempre por magnificarse, justamente, lo que se quiso empuqueñecer. En “El grand duque de Moscovia”, Lope de Vega tiene estos versos que, no obstante su sabiduría, sus destinatarios se obstinan en desoír:

“Los reyes nunca han de hacer
prematías de callar,
porque es obligar a hablar,
a preguntar y saber”.

PARTIQUINO.